

Encuentros *

OSCAR LONDOÑO PINEDA**

Cuando me lo presentaron advertí en aquel apretón de manos, que un temperamento nervioso, impulsado hacia la acción, era dueño irremediablemente de él. No persistió en mi memoria su nombre, mas si la sensación de que un manojo de nervios finamente entretejidos, impulsaba su vida. La conversación dio para largo aquella noche. Muchas fueron las vueltas que le dimos al marco de la plaza, tratando de hacer precisiones sobre las complejas emociones que agitan al hombre que vive, epidermis adentro.

Detenía el paso para asegurar una mejor audiencia a sus conceptos, y cuando ya los había expuesto iniciaba nuevamente la marcha hasta tanto surgiera otro motivo de reflexión que fuera preciso acentuar. Yo observaba el énfasis que ponía en las palabras, el ademán seguro, el brillo de sus ojos cuando se encontraba ante un hallazgo.

Desentendidos de la vida de los parroquianos que allí también habían ido en busca de descanso, o en afán de conversación, advertimos, por la soledad en que había quedado la plaza, que ya era tarde, muy tarde. Me pidió lo acompañara al hotel, y así lo hice, sin pensar que otras horas más se nos irían en oírle contar su vida pero más que ésta, la justificación de tanto trasegar entre oficios y ocupaciones de la más variada índole. Contó saltuariamente, cuanto había hecho en sus veinte años de vida, que, resultaba tiempo hazañoso, comparado con los míos. Con una inmensa capacidad para

* De libro inédito de cuentos *Y no hubieran querido ser distintos*, próximo a aparecer.

** Abogado de la Universidad Nacional, exalcalde de Tuluá, exconcejel y exjuez penal de la misma ciudad, exjuez de instrucción criminal de Bogotá, exsecretario del Departamento Administrativo de la Aeronáutica Civil, actualmente es magistrado del Tribunal Contencioso Administrativo del Valle, profesor universitario.

el relato patético y la conclusión favorable a sus actos, se desenvolvía en la conversación, hasta crear en mi ánimo la imagen del personaje que él deseaba presentar. Yo, entre la lucha y el asombro, lo oía discurrir sobre experiencias y circunstancias que para mi resultaban fluctuantes entre la realidad y la imaginación de mi interlocutor. También el bar del hotel quedó desierto, y al indagar por la hora —ni él ni yo la teníamos al alcance de nuestra vista— se nos dijo que eran las tres de la mañana.

Al día siguiente volví al hotel en averiguación de él, y se me dijo que había solicitado lo llamaran a las cinco de la mañana y a esa hora había partido. Experimenté algún desconcierto porque no era ese el propósito que me había hecho conocer, ni correspondía a las entrevistas que tenía concertadas en aquel lugar para el día siguiente. Hacía el recuento de las horas de charla, y no pasaban de siete. Mientras yo trabajaba mentalmente con el personaje que el quiso presentarme con sus palabras, concluía que adoptaba actitudes contradictorias porque si buscaba como ideal el reposo, la paz y un discurrir sedentario, entre afectos ciertos y propósitos a largo plazo, el furor con que había vivido su primera juventud, lo contradecía, y, cuanto tenía proyectado hacía aún menos propicia esa esperanza. De otra parte, tanto aventurerismo, tanta improvisación en sus objetivos, tanta irreflexividad ante las emociones, no pasaban de consumir sus energías inútilmente.

Pasaron los meses y el personaje se fue desvaneciendo de mi memoria. Sin embargo a veces, muy ocasionalmente, reaparecía cuando un rostro semejante cruzaba en la calle, o la tonalidad de alguna voz parecía anunciarlo. Conforme a mi creencia algún día habría de verle, y así sucedió en el vestíbulo del hotel en donde me encontraba alojado accidentalmente.

- Gusto en verte. —Le dije.
- Que casualidad, nos despedimos en un hotel y nos reencontramos en otro.
- Sí, ¿qué haces?
- Después de aquella noche pensé que lo mejor era dedicarme a una sola cosa.
- ¿A cuál?
- A mi vocación
- Entre tantas aptitudes, ¿cuál es tu vocación?
- El canto.

Me contó que había resuelto abandonar su vida de judío errante, adivinador de suertes, revelador de futuros, consejero de felicidad, para comprometerse con lo único que le apasionaba en verdad.

— Aprovechar lo mejor que tengo, mi voz y mi oído, y triunfar.

Así me explicó su nueva situación. Refugiado en un extremo del bar, entre una penumbra grata y unas brillantes copas de brandy me contó sus esfuerzos por vincularse a una compañía de ópera, luego de haber pagado a un profesor la educación de su voz. Pasaron ante mis ojos todos los escenarios que había ocupado, como los peldaños de sacrificios que lo habían llevado allí, las emociones al ver cuanto mejoraba en su empeño y cuantas posibilidades comenzaban a estar al alcance de su propósito. Atrás quedaba una larga historia de caminos engañosos y sólo ahora veía despejado el único que correspondía a su ideal de felicidad. De su bolsillo sacó impresos que anunciaban la presentación de su grupo y su participación en él y de su billetera, fotos de sus actuaciones. Con una nueva filosofía de la vida, que no pasaba de ser su antigua filosofía concretada ahora en un propósito, avanzaba en la conversación ahora menos fogosa pero no por eso menos honda en su pasión de triunfo.

Me invitó a verlo en una presentación que tendría próximamente y me extendió dos pases para que asistiera. Yo los guardé más que como una oportunidad de acceder al salón de espectáculos, como un testimonio concreto de que aquella conversación de la aldea remota había encontrado su cauce verdadero. Esta vez la despedida fue sobre las luces del alba y ya cuando estas comenzaban a aumentar el brillo de los cristales vacíos de brandy.

No recuerdo que me impidió asistir al concierto en donde se presentaría mi amigo pero sí que acudí a su hotel al día siguiente para presentarle mis excusas e inquirir por el resultado. Se me informó que ya se había retirado. Seguí pensando en que su triunfo no era tanto el de los aplausos como el que había obtenido sobre él mismo, al entusiasmarse en forma definitiva y total en la que reconociera como aptitud sobresaliente. Y que además había elaborado un largo camino de ensayos y equivocaciones para encontrar el verdadero. Lo advertía en su rostro pleno de confianza, en sus palabras menos azogadas, en un nuevo histrionismo de más refinados caracteres. Y sentí alegría.

Pasaron los años. Me había desplazado de la capital en labores propias de mi cargo. Cuando llegué al despacho del director de la Editorial que yo visitaba, registré sobre su escritorio los originales de un libro escrito por mi amigo. Indagué sobre su lugar de residencia y se me dijo que no se le conocía pero que en el curso de esos días habría de presentarse. Traté de localizarlo sin resultado alguno. Demoré mi regreso dejando instrucciones en la Editorial acerca del interés que tenía en conversar con él y el lugar donde me podría encontrar.

Horas antes de retirarme de la ciudad y ante lo inútil de mi espera fui a la Editorial a indagar sobre el contenido del libro. Obtuve como información que titulaba *Breve Historia de los Circos*, escrito en mil páginas y que su autor había formado parte de algunos en su juventud. Por lo menos eso decía la nota de presentación.

No salía de la sorpresa. Cuanto se me dijo de él en relación a sus características personales coincidía con lo sabido por mí y los rasgos de su comportamiento no eran menos ciertos. Solo logré dentro de mi intento de conversar con él dejarle el número de los teléfonos donde podría localizarme. Nunca recibí esa llamada.

Fue en una calle de la capital donde lo encontré otra vez, pasada una década de la visita a la Editorial. Avanzábamos por aceras distintas y, como algo extraño, se cruzaron nuestras miradas sobre la anchurosa vía. Elevamos recíprocamente nuestros brazos para garantizar una mejor identificación y como celebrando, de inmediato, el encuentro. Avanzamos uno hacia el otro hasta la mitad de la vía.

De allí nos sacó el pito estridente de un bus, derrengado y ruidoso, que, de un brinco, nos ubicó sobre una de las aceras.

Recorrimos muchas cuadras en un interrogatorio corto como lo demandaba la premura de transeúntes y vehículos, más numerosos éstos que aquellos, más afanosos éstos que aquellos.

En un cafetín de mala muerte nos metimos para ponernos a salvo de tanta premura. Pocas personas había allí y por lo mismo la abundancia de mesas vacías, de asientos vacíos, de lámparas sin oficio inmediato, daban la compañía que necesitábamos.

— Y qué haces ahora? - fue mi pregunta después de muchas referencias breves acerca de su vida y la mía.

- Tengo decidido dedicarme a recorrer el mundo y si en alguna parte de él logro que me vendan un pasaje para la luna allá ire.
- Y con tu vocación por el canto qué paso? Y agregué: no pude asistir al Concierto pero al día siguiente te busqué en el hotel y no estabas.
- Salía de gira temprano.
- ¿Hasta cuándo?
- Hasta cuando descubrí que lo mejor que yo podía hacer era escribir, escribir mi vida para que no pasara ignorada y le dediqué varios años a esa tarea.
- ¿Lo lograste?
- Sí.
- ¿Publicaste algo?
- No. No me interesa publicar sino escribir.
- Y ¿qué has escrito?
- Una historia de los circos.
- ¿Tu has vivido la vida de los circos?
- Sí. Todos los días. La vida es un circo.

Estas respuestas eran muy propias de él. Entre la sabiduría y la desorientación a veces no sabía uno a qué atenerse.

- Ahora viajo, porque he descubierto que es el mejor empleo que le puedo dar a mi vida, quiero conocer, conocer, conocer; —cada vez que repetía la palabra lo hacía con más énfasis, casi con rabia como lo denunciaba el golpe que con el puño cerrado daba sobre la mesa.

Allí estuvimos sin que nadie viniera a preguntarnos qué deseábamos tomar, ni nosotros cayéramos en la cuenta que esto sucedía. El lugar continuaba solitario y quien estaba, a alguna distancia detrás del mostrador parecía no haber registrado nuestra presencia allí.

- No puedo vivir en un mismo sitio, me dijo, porque no soy capaz de repetir la misma vida todos los días. Eso es la muerte y yo vivo huyéndole a esa forma de muerte.

Se detuvo en la explicación de sus proyectos, con el mismo entusiasmo con el cual le había visto exponer otros y con la misma convicción de que estaba en lo cierto.

- Viajar es maravilloso pero todo camino tiene término y en tu caso ¿cuál es?
- Si no me pierdo andando el mundo y la vida me da otros años ¿me quedo en el lugar que siempre he soñado encontrar.
- Y ¿qué vas a hacer allí?
- Lo único que sé hacer. Y sin dejar que se lo preguntara, agregó: –vivir. Lo demás es una perdedera de tiempo.

No quise entrar en otras consideraciones, como aquella de que se vive en las cosas que se hacen por lo mismo que se aman, o que vivir no es situación que se dé en abstracto sino vinculada a una acción, a un quehacer diario; que vivir, realmente, más que liberación es compromiso, compromiso que increíblemente, libera. Hubiera respondido con inteligencia cualquiera de estas consideraciones porque él siempre estaba seguro de que navegaba con sus propias brujulas y sólo para creerle a ellas.

Durante muchos años lo perdí de vista. Con una extraña emoción abría yo las páginas de los periódicos en sus secciones internacionales para notificarme no de un triunfo suyo, que nunca lo registraría la prensa, sino de algo inesperado que hubiera puesto fin a sus días y que por su condición de viajero internacional tendría categoría de noticia. Mas tampoco aparecía publicado aquello que desde el fondo de mi ser nunca le hubiera deseado. Y en verdad que no sucedió. Porque años después hube de encontrarme en otra ciudad donde había ido a averiguar por mí para contarme la maravilla de sus experiencias, la satisfacción que le deparara la visión de ciudades, mares, puertos, pero entre todo, el conocimiento en esos lugares de mujeres con quienes a falta de idioma común otras eran las formas de aproximación y compañía. “La locura” fue la palabra que resumía todo.

- He venido a poner una empresa de algo que yo vi, –me dijo poco después de contarme sus experiencias. Y agregó: Voy a hacer fortuna con esto para, en la vejez, volver a los sitios donde estuve y más allá si me es posible.

Me diseñó su proyecto, me habló de sus posibilidades, de sus conocimientos en ese campo, de su deseo de descansar un poco de su condición de judío errante. Nos despedimos una vez más, alborozados del encuentro no menos que de los propósitos.

Pasó algún tiempo y decidí ir a buscarlo. Lo encontré cargado de años ahora sí, como si sus ocupaciones le hubieran cercenado el ámbito a sus sueños y como si se hubiera agolpado sobre sus espaldas con acerbía el cansancio de tantos caminos recorridos. Era próspero pero no tenía la alegría de los otros años, conservaba sus energías, pero no estaba muy satisfecho del empleo que les estaba dando. Me contó que había fundado un Club de Alpinistas.

- ¿Tu has practicado alpinismo alguna vez?
- No, pero me parece importante. Además el mío es un Club muy especial.
- ¿Por qué?
- Porque es para algo muy especial.
- ¿Qué?
- Escalar sueños.